

El desplazamiento de la militancia feminista en México: de los frentes en partidos de izquierda a los grupos no mixtos del neofeminismo en los setenta

The shift of feminist militancy in Mexico: from left-wing party fronts to non-mixed neo-feminist groups in the 1970s

Elisa Cabrera García¹

Universidad de Granada

RECIBIDO: 21 DE ENERO DE 2023 • ACEPTADO: 15 DE JUNIO DE 2023

RECEIVED: JANUARY 21, 2023 • APPROVED: JUNE 15, 2023

RESUMEN

Desde el fin de la etapa armada de la revolución mexicana con la fundación del Consejo Feminista Mexicano hasta el año 1953, año en el que les es otorgada la igualdad ciudadana a las mujeres tras la modificación del artículo 34 de la constitución, las mujeres mexicanas libraron una batalla por los derechos civiles sobre todo desde organizaciones de mujeres que militaban en partidos de izquierdas. Con esta reforma las mujeres mexicanas adquirieron el derecho de votar y ser votadas. Una vez conquistado el voto y la representatividad política, el movimiento en pro de los derechos de las mujeres vivió un periodo de hibernación. La atmósfera reivindicativa, subversiva y transformadora que despertaron las revueltas universitarias de los meses de junio a octubre de 1968, así como ciertos conflictos por cuestiones de género con los camaradas, reactivaron la aparición de grupos de mujeres militantes no mixtos que se encontraban en sintonía con las propuestas del Movimiento de Liberación de las Mujeres estadounidense. La libre sexualidad, los usos del cuerpo, la maternidad obligatoria y el aborto, el trabajo doméstico, entre otras cuestiones, fueron abordadas por estos nuevos grupos de mujeres. En este segundo periodo las artes visuales y escénicas adquirieron un gran protagonismo y en las manifestaciones y actos de los distintos grupos observamos prácticas mucho más performativas. El objetivo de este artículo es exponer las herencias y diferencias entre estos dos modelos de militancia en pro de los derechos de las mujeres y observar el desplazamiento que se produjo hacia una conciencia del cuerpo feminizado en el segundo modelo, conciencia que propició modelos de militancia inéditos hasta el momento.

PALABRAS CLAVE: Feminismo mexicano, neofeminismo, artes visuales, derechos civiles

¹ Española. Doctora en Historia y Artes por la Universidad de Granada y profesora de planta especial en la Universidad Católica Silva Henríquez, Santiago de Chile. Correo: elisacabrera@ugr.es.

ABSTRACT

From the end of the armed stage of the Mexican Revolution with the founding of the Mexican Feminist Council until 1953, the year in which women were granted equal citizenship after the modification of paper 34 of the Constitution, Mexican women fought a battle for civil rights, especially from women's organizations that were active in leftist parties. Through this reform, Mexican women acquired the right to vote and to be voted for. Once the vote and political representation were won, the women's rights movement went into hibernation. The vindictive, subversive and transformative atmosphere awakened by the university revolts from June to October 1968, as well as certain gender conflicts with comrades, reactivated the emergence of non-mixed militant women's groups that were in tune with the proposals of the American Women's Liberation Movement. Free sexuality, the uses of the body, compulsory maternity and abortion, domestic work, among other issues, were addressed by these new women's groups. In this second period the visual and performing arts acquired a great prominence and in the demonstrations and acts of the diverse groups we observe much more performative practices. The aim of this paper is to expose the legacies and differences of these two models of militancy for women's rights and the shift towards a feminized body consciousness that occurred between the two, an awareness that led to hitherto unprecedented models of militancy.

KEYWORDS: Mexican feminism, neo-feminism, visual arts, civil rights, civil rights

“Por fin podemos elegir y ser electas” : Un largo camino por los derechos civiles²

El feminismo, palabra utilizada en México desde principios del siglo XX, se inició como un movimiento ideológico de raíz liberal que buscaba la mejora de las condiciones de las mujeres a través de la educación racional y también, según Gabriela Cano, reivindicar el papel de la esposa ensalzando atributos vinculados históricamente con la femineidad (1996, p. 345). En este primer momento (durante la primera década del siglo XX) empiezan a aparecer las primeras asociaciones de mujeres como la Sociedad Protectora de la Mujer. Esta asociación filantrópica de mujeres de clases acomodadas tenía como propósito mejorar las condiciones de vida cotidianas de mujeres con apuros económicos y funcionar como una red de apoyo entre las mujeres socias. En esta década encontramos algunas revistas enfocadas hacia temáticas vinculadas al “mundo de las mujeres” como *La mujer mexicana. Revista mensual científico literaria consagrada a la evolución, progreso y perfeccionamiento de la mujer*, de cuyo comité editorial formaban parte doctoras, abogadas o escritoras (Cano, 1996, p. 346). Este primer atisbo de organización militante feminizada tenía que ver, sobre todo, con hacer valer unas cualidades intelectuales que les eran negadas sistemáticamente a las mujeres profesionales, aunque se siguiese promoviendo un rígido modelo de familia y maternidad compulsoria. Entre estas mujeres profesionales e intelectuales existen muchos ejemplos de oposición abierta y organizada al porfiriato (Cano, 1996, p. 347).

2 Título tomado por su fuerza expresiva de la clásica monografía de Enriqueta Tuñón, *¡Por fin... ya podemos elegir y ser electas! El sufragio femenino en México (1931-1953)* (2002).

La relación de la participación política de las mujeres y la construcción de un sujeto político absolutamente novedoso en México tuvo lugar durante la Revolución (1910-1917). Este proceso histórico generó un cambio de los usos que las mujeres hacían del espacio público puesto que actuaron como portadoras, correos, enfermeras y muchas otras actividades que les estaban vetadas con anterioridad (Ramos Escandón, 1994, p. 156). Según Martha Rocha, el movimiento armado revolucionario “involucró a las familias”, las mujeres adquirieron un fuerte compromiso ejerciendo además un activismo propagandístico e incursionando en ámbitos que hasta entonces eran “exclusivos de los hombres: la política y la guerra” (2011, p. 25).

Durante la segunda parte de la Revolución surgieron ingentes clubes femeniles que realizaban una labor propagandística de suma importancia para las distintas facciones (zapatistas, villistas y constitucionalistas) (Rocha, 2011, p. 32). Cuenta Martha Rocha cómo durante los distintos actos de duelo por el asesinato de los Madero, las integrantes del Club Lealtad organizaron todo tipo de actos insurgentes, “servicios de espionaje” o coordinación de transporte de armas y correspondencia (2010, p. 33). Las mujeres también se ocuparon de declamar discursos y de informar y convencer oralmente a una gran parte de población que era analfabeta (2010, p. 34). Asimismo, fueron muchas las mujeres que empuñaron fusiles y que accedieron al “espacio más masculino, el militar” (2010, p. 35). Para Carmen Ramos Escandón, la participación de las mujeres en la revolución no es una mera anécdota puesto que “la revolución es, sin duda, el mito fundador del estado político mexicano” y es necesario, para un estudio en profundidad de la participación política de las mujeres, “desentrañar el origen de la relación entre mujer y aparato político en el México moderno” (1994, p. 156).

Tras los acontecimientos de la Revolución, el bloque constitucionalista fue el que más pábulo concedió a las demandas feministas, incorporando reformas en el plano legislativo con la *Ley de Relaciones familiares* y en el plano laboral, pero no así en lo relativo al voto (Cano, 1996, p. 348). Durante el gobierno carrancista se aprobó el divorcio y se celebró el primer y segundo Congresos Feministas en la ciudad de Mérida durante el año 1916 (Ramos Escandón, 1994, p. 156). En la celebración del segundo congreso, Hermila Galindo manifestó la necesidad de que las mujeres obtuvieran el derecho al voto, postura que defendió un año más tarde durante el Congreso Constituyente. Finalmente, no se consiguió que la Constitución de 1917 concediese a las mujeres el derecho a votar y ser votadas.

Durante la década siguiente el feminismo tuvo una influencia política inusitada. Salvador Alvarado, gobernante de Yucatán, promovió los discursos feministas y, según Gabriela Cano, “favoreció la creación de empleos que permitieran a las mujeres ejercer sus responsabilidades domésticas como esposas y madres” (1996, p. 348). Entre otros factores, se encuentra el anticlericalismo de Alvarado, que creía que las mujeres eran el sujeto político perfecto para “combatir la influencia de la Iglesia Católica en la sociedad” (Cano, 1996, p. 348). En palabras de Anna Macías, “Alvarado fue el único de los revolucionarios que consideró que luchas por la emancipación de las mujeres era primordial para ayudar a los débiles y oprimidos” (2002, p. 88).

Es interesante advertir que numerosas participantes de los congresos de Yucatán eran maestras y educadoras, y que muchos de los discursos que allí se expusieron, así como el

interés de los gobernantes yucatecos por el movimiento feminista tenían que ver con la cuestión educativa. La educación de las mujeres y por las mujeres se concibió en este momento como una herramienta de cambio social y modernización fundamental para el Estado mexicano. Este hecho está relacionado con el cometido histórico que han tenido las mujeres al encargarse de la educación de la prole. Se trata de un cometido que atravesará tanto los discursos feministas de las siguientes décadas como los de sectores más conservadores de la población y que utilizarán este argumento como método de mantener a las mujeres en el espacio de lo doméstico.

La militancia política de Hermila Galindo fue sin duda un hito en este contexto. En los planos cultural y educativo, con la fundación de la revista *La mujer moderna*, sus escritos, intervenciones públicas y defensa del derecho a voto en los congresos de Yucatán y su desafío al sistema constituyente con la presentación de una candidatura por Ciudad de México que no aceptó la Junta Electoral (Rocha 52), entre otras muchas acciones militantes, la convierten en uno de los personajes más relevantes de este primer periodo de estudio.

En la década de los 20 el feminismo se fue fraccionando, sobre todo, según las tendencias ideológicas de los grandes bloques políticos –liberalismo, comunismo, socialismo y conservadurismo– (Santillán, 2014, p. 152). Los fuertes cambios económicos experimentados en el periodo posrevolucionario abrieron nuevos espacios que las mujeres que habían participado en los procesos constituyentes encontraron legítimos. La entrada de lleno al mundo laboral tras la revolución y la noción del derecho al trabajo, “aumentaría sin duda” en palabras de Martha Santillán, “las posibilidades de movilidad para el sexo femenino, su autonomía y desarrollo en el espacio público a partir de las siguientes décadas” (2014, p. 155). En cuanto a los modelos de militancia feminista de esta década, ciertamente estaban muy ligados a los partidos políticos.

A principios de la década se funda el Consejo Feminista Mexicano, de tendencia marxista y comunista en cuanto a sus diagnósticos sobre la situación de la mujer, pero que, según Gabriela Cano, tenían una “postura internacionalista y pacifista” (1996, p. 349-350). Las militantes de izquierda insistían con más ahínco en los aspectos económicos de la subordinación de las mujeres, en las condiciones materiales de sus vidas y en buscar medios para mejorarlas, sobre todo centrándose en las problemáticas de las mujeres trabajadoras (Santillán, 2014, p. 159); (Cano, 1996, 351). Las liberales moderadas se enfocaron en la consecución de la igualdad jurídica con respecto a los hombres. Por último, las conservadoras primaban la figura de la madre y la cuidadora y apostaban por su protección (Lau, 2007, p. 86).

Con la llegada de Lázaro Cárdenas, los movimientos políticos de mujeres adquirieron un nuevo papel más relevante y durante la década de los treinta se produce, según Cano, el “auge de las organizaciones políticas de mujeres” a pesar de que el término feminismo dejó de emplearse (1996, p. 352). Por su parte, la historiadora Carmen Ramos Escandón opina que “el movimiento organizado de mujeres fue uno de los espacios en los que el cardenismo ensayó su política conciliadora” (1994, p. 156). Durante el año 1938 y tras la expropiación petrolera, el cardenismo logra, según Enriqueta Tuñón, una vinculación más intensa del poder institucional con las masas y “el control vertical de las mismas” (2002, pp. 118-119); (Santillán, 2014, p. 164).

A pesar de las diferencias ideológicas existentes entre las distintas facciones feministas, durante el año 1934 todas se unieron para la inédita conformación de un nuevo frente militante que luchase de una por los derechos jurídicos y económicos de las mujeres. El Frente Único Pro-Derechos de la Mujer (FUPDM) se convirtió en otro hito del feminismo mexicano por su poder de convocatoria, llegando a tener más de 50.000 afiliadas y más de 800 asociaciones políticas y culturales vinculadas al mismo (Santillán, 2014, p. 163). El camino hacia el derecho a voto en el seno del Frente no fue un camino de rosas; un grupo fuerte de feministas lo defendía como medio indispensable para conseguir otras demandas del programa del FUPDM, pero encontraron resistencias tanto entre las militantes más a la derecha como hacia la izquierda por creer las segundas que la gran mayoría de las mujeres no estaba preparada para votar al ser estas más influenciadas por las instituciones religiosas o convertirse en “un instrumento de los intereses establecidos” (Santillán, 2014, p. 167). Respecto a las estrategias de militancia feminista que empleó el FUPDM, esta nueva alianza con las instituciones estatales de los grupos de la sociedad civil tuvo una repercusión importante: que parte de las integrantes del FUPDM fueron cooptadas por el partido de gobierno y el movimiento perdió efectivos y empuje de lucha. Sin embargo, el FUPDM se convirtió en un referente ante la posibilidad de unión entre mujeres feministas de espectros ideológicos diversos con unos objetivos comunes. También funcionó como una aspiración para futuras militantes feministas, como veremos.

Para Ramos Escandón, “Los años cuarenta marcaron un retroceso en la capacidad organizativa de las mujeres” (1994, p. 166). Cárdenas había enviado al Congreso la iniciativa de ley para establecer los derechos como ciudadanas de las mujeres con la reforma del artículo 34 de la Constitución, pero esta reforma nunca fue publicada en el *Diario Oficial*, lo que la dejó invalidada y, hasta cierto punto, olvidada. Así, para Cano, “el sufragio femenino dejó de ser un tema de interés para la opinión pública en los años 40” y el movimiento se debilitó (1996, p. 353). Cuando el PMR se transforma en el PRI en 1946, el nuevo partido por fin fue capaz de reconocer, según Martha Santillán, “la situación de desigualdad cívica y política en que se encontraban las mexicanas (2014, p. 172). El PRI fundó un sector femenino que tuvo como directora a Margarita García Flores y en la legislatura de los años 1952 a 1955 Aurora Jiménez de Palacios se convierte en la primera diputada federal de México, por el estado de Baja California. No podemos olvidar que también en el PAN se produjeron aperturas a la participación política del sector más conservador de las mujeres.

Por otra parte, el proyecto de educación y profesionalización de las mujeres como estrategia de modernización del país durante la primera mitad del siglo XX en México produjo un cambio en los modos en que se percibía y como ellas percibían su quehacer político: “este proceso de autoafirmación –relata Santillán–, colocaba a las mujeres en una situación política distinta: gracias a una presencia pública diferente –y más visible– fueron adquiriendo un mayor control sobre su entorno y más poder social” (2014, p. 178).

Tras la consecución del derecho a voto se generalizaron los discursos conservadores que insistían en los modelos de femineidad tradicional de madre/esposa y el porcentaje de egresadas de la UNAM desciende paulatinamente durante la década de los 50. De hecho, en 1951 el gobierno lanzó la Campaña Nacional para la Moralización del Ambiente, dedicada en su

mayor medida a la forma en la que debían comportarse las mujeres como pilar de la familia y garantía del mantenimiento del orden patriarcal vigente. Durante el sexenio de Ávila Camacho (1940-1946) los grupos de mujeres conservadoras, organizadas junto a los poderes políticos, hicieron una ofensiva en favor de la familia tradicional y desde los medios de comunicación encontramos fuertes críticas al modelo de mujer moderna: “[...] pareciera que ante el hecho de no poder negar las transformaciones sociales consecuencia de la modernización, se buscaba estigmatizar las formas en que la mujer se adscribía a estos cambios estableciendo una diferenciación entre la buena y la mala mujer moderna” (Santillán, 2014, p. 186); (Santillán, 2008). Revistas femeninas, campañas de publicidad, los nuevos medios de masas como el cine y la incipiente televisión... se buscaba promover un modelo de emancipación femenina que tuviese que ver únicamente con los modos de consumo pero que mantuviese el papel tradicional que las mujeres tenían en la sociedad. De hecho, las primeras candidatas utilizaron la estrategia del perfil de mujer subordinada a su familia y al Estado, y presentaron discursos asociados a la metáfora de la Nación como familia. Respecto a este proceso, Adriana Maza y Martha Santillán hacen hincapié en que no se debe olvidar “el papel de las ciudadanas como gestoras de bienestar social, aun cuando esta acción las hiciera parte del clientelismo del PRI, pues a través de sus batallas diarias por la supervivencia y el cuidado de los suyos, incursionaron de forma admirable en espacios inéditos, donde aprendieron las prácticas políticas necesarias para desarrollar sus funciones (Maza y Santillán, 2014, p. 211).

Entramos, durante la década de los 50, en un proceso donde claramente se produce un fortalecimiento de la idea de la madre-esposa, y que tuvo su máxima manifestación a través de la comercialización del día de la Madre el día 10 de mayo. Curiosamente, la primera manifestación militante del neofeminismo mexicano se produjo este día, con la marcha feminista en contra del Mito de la Madre el año 1971. Fueron “las mujeres insertas en la vida cultural [...] las que con sus comportamientos quebrantaron más abiertamente el ideal femenino” (Santillán, 2014, p. 193). Y podemos entender esta ruptura como un nuevo escenario del quehacer político que se relacionaba con la vida íntima de las mujeres, una nueva forma de militancia que se conceptualizó y expresó ya tanto de forma práctica, con estos primeros “comportamientos disruptivos”, como teórica durante la segunda ola del feminismo mexicano.

La estrategia de la mujer proveedora de educación, cuidados y bienestar supuso la perpetuación de acentuados roles de género, pero también jugó una contraparte en el juego de la militancia feminista porque abrió “espacios inéditos” de politización. En las ciudades, las mujeres, con sus acciones colectivas, se convirtieron en las interlocutoras principales con las instituciones públicas por la búsqueda de mejoras de las condiciones de vida. Diremos con Alejandra Massolo que “convirtieron esas condiciones de vida en objeto de lucha y formas de participación pública de resistencia” (Massolo, 1983, p. 156). Podemos concluir que en esta segunda parte de la militancia de las mujeres previa al Movimiento Estudiantil encontramos dos tendencias: las militantes del PRI, que utilizaron la vinculación entre la familia y el Estado para acceder a cargos institucionales y promover mejoras de las condiciones de las mujeres; y otro tipo de militancia de las mujeres trabajadoras de sectores urbanos deprimidos que conformaron juntas sindicales o huelgas obreras y que, al contrario que sus compañeras, fueron cuestionadas como moralmente disolutas.

Para la década del 60 la brutal represión de los gobiernos de Ruiz Cortines y López Mateos a los movimientos de trabajadores estaba generando un ambiente contraofensivo en diversos sectores de la ciudadanía. En la capital llegaban ya los vientos de “un incipiente movimiento contracultural” (Maza y Santillán, 2014, p. 215) y en 1964 varias organizaciones de mujeres se unieron para constituir la Unión Nacional de Mujeres Mexicanas (UNMM), de tendencia política comunista y que tomaba ejemplo de la Federación de Mujeres Cubanas tras el éxito de la Revolución en el país caribeño (Lau, 2014, p. 169). Podemos enmarcar a la UNMM en un modelo de militancia de clase, donde prácticamente todas las integrantes pertenecían a partidos políticos y abogaba por “una postura que no reconocía la lucha de géneros al interior de la clase” (Lau, 2014, p. 176). Sin embargo, una de las militantes más destacadas del neofeminismo mexicano, Ana Victoria Jiménez, formó parte de la UNMM antes de la fundación del Movimiento Nacional de Mujeres, grupo al que se adhirió ya iniciada la década del setenta.

Lo cierto es que, aún dentro de un modelo desigual para hombres y mujeres, el crecimiento de la inversión pública en educación de los gobiernos de Ruiz Cortines, López Mateos y Díaz Ordaz entre el 55 y el 70 benefició a una capa más amplia de mujeres y preparó a muchas de ellas para la toma de espacios públicos: laborales, culturales, educativos, etcétera. Por primera vez nos encontramos con una nueva generación de mujeres –y no solo ejemplos excepcionales– que fueron a la universidad. Entre los años 1960 y 1970 el porcentaje de feminización de la matrícula aumentó de un 10% a un 17% y el número de matriculadas de unas 8000 a más de 36000 mujeres. Hablamos de una proporción ínfima en comparación con la proporción de varones que accedían a los campus universitarios en el año 70 (172.873), pero el aumento significativo del número de matriculadas, como anota Mario González Rubí, da cuenta de “un cambio importante de su papel social y de la percepción distinta en el plano familiar” que comenzaba a intuirse en la década del 70 (2008, p. 32).

Más allá de la cocina: Participación de las mujeres en movimiento estudiantil de 1968

Volvamos a situarnos en ese ambiente contracultural y revolucionario que respondía a los desmanes autoritarios de los gobiernos priistas de la década del 60. Después de una década de revueltas en todo el país promovidas por grupos de muy distinta índole –obreros, ejidatarios, agricultores, ganaderos, normalistas, estudiantes universitarios–, que fueron duramente reprimidas, sectores cada vez más amplios de la población se encontraban asfixiados por el monopolio del PRI y la homogeneidad centralista que imponía. Aderezadas con el éxtasis de la Revolución cubana, en el ámbito universitario se discutía sobre si el camino hacia un país menos desigual era la implementación de reformas o la revolución. Mientras tanto, la intervención de la policía y del ejército era cada vez más habitual. Desde el año 66 se estaban produciendo huelgas y protestas en campus universitarios de varios estados del país en los que intervino el ejército (Loaeza, p. 335 y p. 380).

El 30 de junio de 1968 la policía disparó con bazucas contra la escuela Preparatoria 1, cuyos estudiantes se habían insurreccionado, volando por los aires la puerta del palacio de San Ildefonso. En apoyo a la prepa, miles de estudiantes organizados tomaron la UNAM y durante los meses

de agosto y septiembre se produjeron manifestaciones de varios cientos de miles de personas. Según Luis Aboites, el entonces presidente de la república, Díaz Ordaz, “creía ver una conspiración comunista que amenazaba la estabilidad nacional” (Aboites, 2018, p. 286). El nerviosismo del gobierno, conforme se acercaba el día de la inauguración de los juegos olímpicos, desembocó en las acciones violentas del ejército durante el desalojo de la UNAM y la matanza de decenas de personas y miles de detenidos en la plaza de las Tres Culturas en Tlatelolco, bajo una operación de dispersión violenta planeada por altos funcionarios gubernamentales (Aboites, 2018, p. 286).

La participación masiva de estudiantes en la organización de las revueltas ha dejado en la memoria colectiva varios grandes héroes y muchas olvidadas. Hasta muy recientemente –hablamos de la primera década del siglo XXI– la producción de textos sobre la participación de las mujeres en el Movimiento Estudiantil era raquílica en porcentaje respecto al resto de textos publicados, más allá del clásico de Elena Poniatowska *La noche de Tlatelolco*, publicado en 1971, donde aparecen entrevistas a 103 mujeres. Gloria Tirado Villegas, en su repaso por la historiografía que se ha hecho cargo de la participación de las mujeres en el movimiento estudiantil, se percató de que, en la profusa producción de textos que se escribieron durante las tres décadas tras el movimiento, prácticamente no aparecen siquiera nombres de mujeres (2019). Es a partir del año 1998, pero especialmente con la conmemoración de los 40 años de movimiento en el año 2008, cuando comienzan a recopilarse y recuperarse estos nombres para la producción de estudios posteriores.

Lessie Frazier y Deborah Cohen, que han trabajado desde principios de la década de los 90 en esta línea, advirtieron que “Hasta ahora, la ‘historia’ del movimiento se ha conformado principalmente a través de los recuerdos de un pequeño sector de sus participantes [...]: las personalidades del CNH” (2001, pp. 105-111). La hipótesis desde la que partieron Cohen y Frazier era que la participación masiva de mujeres en el movimiento del 1968 “había alterado en forma sustancial la sociedad mexicana” (1993, p. 76). Las entrevistas que hicieron a unas sesenta mujeres que habían participado en el movimiento revelaron que la percepción de las mujeres sobre sí mismas, no tanto como colectivo oprimido sino como sujetos políticos, cambió radicalmente después de su participación en todas las capas del entramado del movimiento. En palabras de las autoras, “con sus actividades, alteraron drásticamente su propia percepción de su rol como protagonistas sociales y políticas dentro de la sociedad mexicana” (1993, p.76). ¿De qué forma, o hasta qué punto, estas experiencias fueron el caldo de cultivo para la creación de los nuevos grupos feministas que comenzaron a germinar en el año 70?

En 1988, a veinte años del movimiento, Eugenia Espinosa Carbajal, delegada permanente al Consejo Nacional de Huelga por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, se expresaba de la siguiente manera respecto a su participación en las movilizaciones estudiantiles del año 68: “Nunca sentí eso que dicen ahora, la escasa participación de las mujeres. En un ambiente de verdad democrático, todos y todas jugamos un papel importantísimo para el movimiento. Cada quien participaba de acuerdo con sus posibilidades y en el nivel que quería” (del Valle, 1988, p. 2). Para muchas mujeres como Carbajal entrar a la UNAM significó formar parte de un espacio donde, por primera vez, podían “hablar, participar, leer muchas cosas”³ y conocer a otras muje-

3 Entrevista de Sonia Del Valle a Eugenia Espinosa Carbajal, 1988, p. 2.

res con sus mismos intereses y con sus mismos avatares. Este momento de emancipación vino seguido, según Susana Draper, por la construcción de una memoria colectiva asentada sobre las “formas invisibles de desigualdad” que atravesaron a estas mujeres (2018, p. 187).

Si bien algunas mujeres como Eugenia Espinosa se vieron en el espacio idóneo para desarrollar sus capacidades intelectuales y políticas, existen experiencias disonantes en declaraciones de otras compañeras, como fue el caso de Adela, que experimentó una gran dificultad y una “atmósfera menos receptiva” para expresarse en las asambleas de su prepa mixta. Los espacios mixtos funcionaban en muchas ocasiones con el estereotipo de que los hombres estaban mejor formados en los vericuetos de la política, lo que legitimaba sus intervenciones y propuestas, así como su “derecho a hablar”, como expresa Adela. Este cuestionamiento de las capacidades de las compañeras las llevaba frecuentemente a “renunciar a sus pensamientos e ideas”. Esto no ocurría, según el testimonio, en los grupos de brigadistas no mixtos, donde las militantes desarrollaron “lazos de solidaridad y camaradería política” (Cohen y Frazier, 1993, p. 88). Esto se suma a que, cuando las brigadistas salían a hacer trabajo de difusión de ideas políticas, frecuentaron espacios públicos que habitualmente eran transitados por mujeres, tales como mercados, autobuses y puertas de colegios donde las madres esperaban a sus hijos. En general, los testimonios de varias brigadistas señalan que eran mejor recibidas y escuchadas por las mujeres que por los varones.

Además de tener que esperar pacientes a ser escuchadas, sabemos también que fueron ellas las que gestionaban la economía y los víveres, organizaban la cocina y repartían las comidas dentro de las organizaciones. Fue habitual que las brigadas de mujeres organizaran las comidas de las personas que se encontraban en toma en las diferentes facultades y escuelas. Así explican Cohen y Frazier la trascendencia y el alcance que tuvo esta actividad para el movimiento:

El proporcionar las comidas permitía un funcionamiento efectivo y creciente. Además, las horas de comida servían para dar energía y fortalecer la lucha. Cientos de estudiantes regresaban de sus actividades [...] y eran recibidos con una comida caliente y un lugar donde nutrir no solamente su cuerpo, sino su espíritu. Estos momentos permitían que los estudiantes intercambiaran historias e ideas, pensamientos y sentimientos (1993, p. 82).

Algunas mujeres, encargadas de organizar las comidas, entre otras tareas con sesgo de género, no se percataron entonces de que la reproducción de la vida, vale decir, lo que habitualmente hacían en su vida cotidiana, había sido fundamental para hacer perdurar el espacio contestatario. Otras, en cambio, trataron de desafiar este “estado de las cosas”, esta división sexual del trabajo que abiertamente las incomodaba: “Sí, [cocinar] era nuestro papel y lo hicimos bien. Pero también acabamos con ese rol. Nos separamos de nuestro estatus y convocábamos a mítines espontáneos en mercados y en las esquinas de las calles en diferentes colonias” (Cohen y Frazier, 1993, p. 83).

A pesar de todos estos avatares, podemos entender esta ruptura como un nuevo escenario del quehacer político que se relacionaba cada vez más con la vida íntima de las mujeres, una nueva forma de militancia que se conceptualizó y expresó tanto de forma práctica, con

estos primeros “comportamientos disruptivos”, como de forma teórica durante la segunda ola del feminismo mexicano. Como podemos leer en el trabajo de Adriana Maza y Martha Santillán, fueron “las mujeres insertas en la vida cultural [...] las que con sus comportamientos quebrantaron más abiertamente el ideal femenino” (2014, p. 193). La reivindicación del carácter político del sexo y de la sexualidad, contra la centralidad de la producción y de las relaciones de clase, representaba uno de los elementos constitutivos de la separación de los movimientos sociales mixtos operada por el feminismo de los años setenta. Algo también comprensible si tenemos en cuenta cierta cultura asfixiante y paternalista de la que la izquierda nunca supo desembarazarse. El inminente divorcio no implica que en los años siguientes todas las corrientes feministas abandonasen las alianzas y el proyecto de revolución completa de la sociedad en el que se habían implicado. La primera fase del feminismo de segunda ola, que aquí situamos en la década de los setenta y primera mitad de los ochenta, nunca dudó de la necesidad de “transformar las estructuras profundas de la sociedad capitalista” (Fraser, 2015, p. 252).

“¿Es esto el prelude de una revolución?”⁴: Neofeminismo mexicano y estrategias estéticas

Tras el escándalo de la matanza de Tlatelolco, Luis Echeverría sucede en el cargo de presidente a Díaz Ordaz en 1970. El gobierno de Echeverría favoreció una imagen de renovación democrática y otorgó la amnistía a los presos políticos del movimiento. Esta atmósfera ayudó en la articulación de nuevos grupos militantes asentados ideológicamente en las ideas contestatarias del 68 (Lau, 2007, p. 15). Ello no fue óbice para que los servicios secretos mantuviesen un programa exhaustivo de vigilancia y amedrentamiento de los colectivos militantes en el marco de lo que se ha conocido como la Guerra Sucia mexicana, como ocurrió con el propio movimiento feminista. En estos primeros años (1971-1975) se fundaron varios grupos feministas como el Movimiento de Acción Solidaria (MAS) –del que poco tiempo después se desvincula la mayor parte de militantes para crear el Movimiento de Liberación de la Mujer (MLM)–, la Revuelta y el Movimiento Nacional de Mujeres (MNM).

Fue el MAS el primer grupo en organizar una manifestación pública después de Tlatelolco, en 1971 durante el día de la Madre, con el fin cuestionar su figura idealizada y el componente consumista y acrítico asociado a la celebración (Lamas, 2018, p. 275). La propuesta ideológica del evento estaba inspirada en un artículo de Marta Acevedo de 1970, donde la feminista plantea que los trabajos reproductivos no deberían recaer en las espaldas de las mujeres y formar parte de la organización económica de los estados: “Hay que transformar el trabajo doméstico privado en una industria pública” (Acevedo, 1996, p. 362). El primer paso de MAS fue juntar en grupos reducidos a distintas mujeres para hacerlas conscientes de las razones de su opresión. Partían de un rechazo hacia las formas de organización tradicionales en militancias feministas previas por lo que el grupo se conformó sin jerarquías ni liderazgos⁵. El colectivo se dividió en cuatro “pequeños grupos” que en un principio tuvieron que ver con las localizaciones de las vi-

4 Georgia Landa, “¿liberación femenina aquí?: La tesis de M.A.S.”, Excelsior: Diorama de la cultura, domingo 18 de julio de 1971, p.12. AVJ-01569.

5 Ana Lau señala que la creación de esos “pequeños grupos” tuvo “un impacto en la formación teórica de los feminismos, así como de sus reivindicaciones”. Véase (Lau, 2019, p. 77).

viendas pero que finalmente se repartieron por afinidades políticas. En uno de los documentos fundacionales del colectivo se afirma que “El concepto de que lo personal es político y las reuniones de grupos pequeños son dos ideas unidas” (AVJ, N° 01563). Las mujeres que ingresaban a estos grupos estaban haciendo un esfuerzo por comprender sus vidas personales dentro de un nuevo marco crítico, o como ellas mismas lo expresan en este documento, “decir lo que yo creo de mi vida en vez de lo que siempre me han dicho que diga” (AVJ, N° 01563, p. 1).

Las dinámicas conversaciones sobre la vida conyugal y la sexualidad de las mujeres que participaban de estos primeros grupos ponían en evidencia lo que las nuevas militantes pudieron escuchar de boca de Susan Sontag poco tiempo antes; que aquellos problemas que consideraban personales y privados eran, en realidad, “el resultado de relaciones sociales de poder encarnadas en lo más íntimo” (Serret 2004, p. 39). En algunos círculos feministas se empezó a hablar de “servidumbre doméstica” para referirse a todas aquellas tediosas tareas que debían realizar las mujeres en sus casas, según estudios de la época, durante más de 70 horas semanales sin percibir por ello beneficio alguno (Sloan, *Contenido*, diciembre 1970, p. 32). El malestar se iba despertando y en ese vínculo entre la política y la vida, las integrantes del MAS llegaron a la conclusión de que “la madre” era la primera figura que había que destruir.

El 19 de abril de 1971 el jefe de la Oficina de Gobierno de la dirección general de Gobernación recibía la siguiente solicitud de la mano de la Sra. Antonieta Zapiain:

Soy representante del grupo MUJERES EN ACCIÓN SOLIDARIA”, por lo que nos permitimos suplicar a bien tenga concedernos autorización a fin de llevar a cabo una reunión de orientación doméstica social para la mujer mexicana. En dicha reunión se llevará (sic.) a cabo las siguientes funciones:

Teatro
Música (con guitarra)
Discurso (Tema “El Mito de la Madre”)

Dicha reunión se pretende llevar a cabo el día 9 de mayo a las 12 hrs. Con final aproximadamente a las 2 p.m., en el Monumento de la Madre.⁶

El funcionario que la recibió leyó el documento y le preguntó a Zapiain: “Y esto, ¿Qué pretende ser? ¡Ah, teatro, música, canciones para el 10 de mayo... un festival doméstico, ¿No?”. A lo que ella responde que por supuesto. “¿Y cómo se llama la asociación?”. En este momento surgió el nombre de Mujeres en Acción Solidaria (Acevedo et al., *fem*, noviembre-diciembre de 1977, p. 13). MAS estratégicamente decidió convocar su marcha en el famoso monumento a la madre de la calle Sullivan. Esta escultura en piedra fue construida también por iniciativa del periódico *Excelsior* en aquella enorme batalla mediática por mantener el statu quo de las mujeres que, como vimos, había empezado a desmoronarse en la década anterior. Era evidente el papel performativo y cultural que, desde su concepción, las organizadoras querían darle al acto de

6 Documento emitido por M.A.S., recuperado de AVJ-01776.

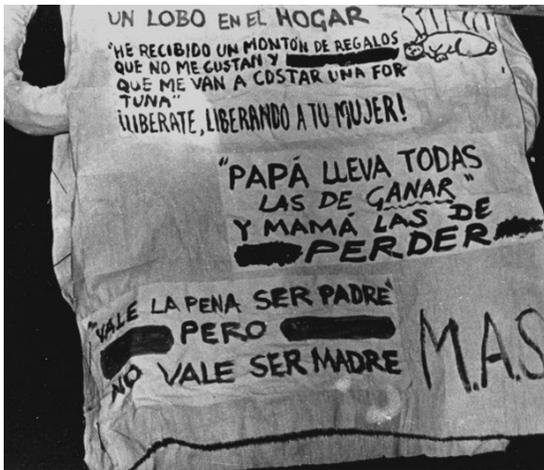
protesta. Porque si algo caracterizó al movimiento feminista en sus primeros años de existencia fue la espectacularidad, la creatividad y la espontaneidad (Bartra, 1999, p. 214).

El lema de la concentración, “Somos madres, ¿Y qué más?” insistía en que a las mujeres se las había reducido al papel de madre y cuidadora, obligándolas a que la maternidad formase parte indisociable de su subjetividad. En un pasquín informativo las activistas explicaban “el mito de la madre” de la siguiente forma: “El mito de la madre consiste en exaltar la función biológica de la mujer para encubrir el hecho de que como ser humano pensante y autónomo no se le deja desarrollarse. Se le permite sí, ser el reflejo de la voluntad del hombre [...] Sí, nos dio la vida, pero no vemos que por ese hecho deba sacrificar sus ambiciones y desarrollo individual” (AVJ-01795). Estas ideas incardinaban con aquellas que, desde Europa, escribían las feministas marxistas como Federici y que Acevedo se tomaba la molestia de traducir para que se publicasen en los periódicos y revistas más a la izquierda del espectro mediático. “Debemos admitir que el capitalismo ha tenido mucho éxito al esconder nuestro trabajo” (Federici, *La cultura en México*, 12 de octubre de 1976, p. vi), rezaba Federici en aquel artículo.

A pesar de la escasa conglomeración de militantes –entre unas 30 y 50 según algunos medios y las propias organizadoras–, el acto tuvo una enorme repercusión en la prensa y prácticamente todos los periódicos le dedicaron una nota informativa e incluso alguna columna de opinión. Además, la acción fue cubierta por las cámaras de Televisa, que acompañaron a varias mises del concurso de belleza Señorita México que querían homenajear de manera más tradicional la figura de la madrecita colocando en el monumento unos ramos de flores (Graell, 2018, p. 62).

Después del éxito, cuanto menos, mediático de la protesta contra el mito de la madre, las militantes del MAS que quedaron se pusieron manos a la obra para idear otra acción que resultase rompedora para el público y seguir incidiendo en la dominación de las mujeres dentro del ámbito doméstico. Varias de ellas concibieron una acción que actuaría como contraparte de la celebración del día de la madre, y el mes de junio de 1972 se pusieron manos a la obra para interrumpir los festejos del día del padre de la gente que decidía tomar aquel día el metro en la parada Insurgentes. Para esta nueva acción, dos o tres compañeras –entre ellas Ana Victoria Jiménez– se reunieron en casa de una de ellas y estuvieron trabajando durante horas en un enorme muñeco de papel maché que representaba a un señor con bigote al que se añadieron carteles relativos a las recurrentes actitudes abusivas de los *pater familias* contra las madres, como un dibujo en el que un hombre pisotea el cuerpo tendido de una mujer. En la ciudad nunca se había hecho algo similar y, según Jiménez, que estuvo todo el día fotografiando la acción, “la gente estaba extasiada”. Se quedaban petrificados frente al muñeco, leían con atención los carteles y algunas mujeres gritaban: “¡Tienen razón!”. El objetivo de la acción era cuestionar la imagen que se tenía de los padres como centro de la vida familiar y pública, la invisibilización del maltrato cotidiano y la hipocresía de los regalos que se les hacía a padres y madres: los primeros recibían objetos para sus hobbies o vida pública, las segundas recibían objetos para el trabajo doméstico. El monigote que quedó colgado por varias horas en la entrada de la boca

7 Entrevista a Ana Victoria Jiménez realizada por Elisa Cabrera, 29 de septiembre de 2021, colonia Moderna, Ciudad de México.



Monigote diseñado por algunas integrantes del grupo MAS para colgarlo el Día del Padre de 1972 en la entrada del metro insurgentes. Fotografía: Ana Victoria Jiménez. Archivo fotográfico de Ana Victoria Jiménez (No. 96-100, 103), Biblioteca Francisco Xavier Clavijero, Universidad Iberoamericana.

de metro "Insurgentes" funcionó como antecedente material de muchas otras figuras que se fueron elaborando en otras marchas. Las construcciones efímeras vinculadas al arte acción atravesaron las siguientes décadas de acciones feministas contra la violencia hacia las mujeres.

A lo largo de la historia del movimiento feminista de segunda ola, y México no es una excepción, estuvo latente la sombra de la fractura entre la postura marxista militante y su connivencia con el feminismo. En el año 1974 el MAS se fracturó, según una de sus integrantes, debido a que una parte del grupo acusó a la otra de no adaptarse lo suficiente a los preceptos del marxismo, de "no ser lo suficiente marxistas", como contó años más tarde Marta Lamas (1996, p. 9). En un texto conjunto que escribieron en la revista *fem* apenas cinco años más tarde varias exintegrantes del MAS que militaron más tarde en los grupos que surgieron de su disolución, "en los grupos feministas las mujeres que habían militado en la izquierda [temían] que los planteamientos no [fueran] suficientemente sólidos o que rompiesen los límites permisibles del marxismo ortodoxo". Y por estos temores, una parte del grupo se comenzó a alejar del resto y a descalificar su preparación política (Acevedo et al., *fem*, octubre-diciembre 1977, p. 178).

A pesar de la fractura del MAS, estas primeras prácticas dieron confianza y nuevas herramientas a todas aquellas mujeres que continuaron militando los nuevos grupos que fueron surgiendo. Estas nuevas estrategias decantaron cada vez más por el uso de elementos visuales que ponían el cuerpo de las mujeres en el centro como medio para denunciar la violencia que se ejercía sobre él. Muchas de estas mujeres habían recibido educación humanística y/o social y otras tantas practicaban artes liberales como la pintura, el teatro, eran músicas o cineastas. En estos grupos existió, ciertamente, una simbiosis creativa de combinación de medios que dio como resultado acciones insólitas.

El 10 de agosto de 1973, ante notario público, con un cuadro directivo de presidenta, secretaria y tesorera y unos estatutos bien armados, se constituyó como asociación civil un colectivo llamado Movimiento Nacional de Mujeres, que se componía primordialmente por mujeres del mundo del periodismo y las comunicaciones (Lau, 1987, pp. 100-101). El MNM imitó en su estructura organizativa a la Organización Nacional de Mujeres (NOW) de Estados Unidos y se instituyó como sociedad civil, según su presidenta Esperanza Brito de Martí, porque de esta forma sería más factible la consecución de los objetivos previstos por el movimiento (*fem*, octubre-diciembre de 1977, pp. 27-30). No surgió como un pequeño grupo de toma de conciencia, sino como un grupo de “Acción política en el que todas sus integrantes ya tenían conciencia de la discriminación y opresión que sufría[n] como género” (Brito de Martí, *fem*, diciembre de 1996, p. 15). Desde su fundación el grupo tuvo la voluntad de incidir en aquellas leyes que discriminaban a las mujeres y para ello, como rezaban sus estatutos, “conscientes de que ningún grupo feminista puede funcionar si desconoce aquello a lo que se debe enfrentar”, hicieron un estudio sistemático y un análisis del marco legislativo mexicano. Entre 1973 y 1974 se volcaron en dar charlas en decenas de universidades y centros educativos, según ellas mismas, “buscando estimular a las mujeres a participar en la lucha feminista” (AVJ, “Informe de los trabajos realizados por el Movimiento Nacional de Mujeres durante el periodo comprendido de 1973 a 1977”, no. 01755, p. 2/15). Como lo ha expresado de forma más sencilla Gisela Espinosa, “su fin era ganar adeptos a la causa” (2009, p. 61).

Uno de los aportes más significativos del MNM en materia cultural y educativa fue la propuesta que se elevó al gobierno para modificar en los libros de texto nacionales todos aquellos aspectos sexistas que promovían la desigualdad entre hombres y mujeres, así como la creación de un plan de acción en los centros educativos que incorporase el fomento del respeto y la idea de igualdad entre sexos. Cuenta Esperanza Brito que las militantes del MNM fueron rechazadas por las militantes del resto de grupos, siendo acusadas de “miembros del PRI, que nunca fuimos, pequeñoburguesas porque no usábamos jeans y de reformistas porque queríamos cambiar las leyes” (*fem*, diciembre de 1996, p. 17). Una vez más, las reivindicaciones feministas se topaban con los anhelos revolucionarios de ciertos sectores de la izquierda.

El trabajo sobre el aborto fue, probablemente, el más intenso y en el que se volcaron más energías. Los datos que tenían las feministas y el gobierno sobre muertes de mujeres por abortos mal practicados eran dramáticos, pero las soluciones de unas y otros no siempre coincidían. En 1974 la presidenta del el MNM fue invitada junto a otras militantes feministas a una reunión con representantes del gobierno de Echeverría para conversar y asesorar sobre las reformas que el gobierno estaba dispuesto a hacer para otorgar igualdad jurídica real a las mujeres mexicanas, de cara a la celebración del Año Internacional de la Mujer en la Ciudad de México en 1975 (*fem*, diciembre de 1996, Nº 165, p. 16); (AVJ, nº 1755, “Informe de los trabajos realizados por el MNM durante el periodo comprendido de 1973-1977”, p. 5), y hacer un *brainstorming* sobre las políticas de natalidad que el Consejo Nacional de Población (CONAPO) ya estaba poniendo en marcha (González, 2021, p. 99). Como ha apuntado Karina Felitti, “El cambio de las políticas demográficas mexicanas, que pasaron de estimular los nacimientos y la familia numerosa, a denostar ese modelo y postular que ‘la familia pequeña vive mejor’ ocupó un lugar destacado a partir de 1973” (2018, p. 1387). No sin polémica, las feministas acudieron al llamado del Lic. Pedro Ojeda,



Ilustración 1. Ana Victoria Jiménez (fotógrafa). Yan María Yauyólotl Castro actuando para el acto que MNM y La Revuelta organizaron en el monumento de la Madre, 9 de mayo de 1976. Archivo fotográfico Ana Victoria Jiménez, Biblioteca Francisco Xavier Clavijero, Universidad Iberoamericana.

Coordinador General del AIM, y aportaron sus puntos de vista sobre la necesidad de garantizar educación sexual a las mujeres y el aborto legal y gratuito (AV), N° 1761, “Informe de los trabajos realizados por el MNM durante el periodo comprendido de 1973-1977”). El MNM continuó durante los años siguientes denunciando la propaganda gubernamental, que utilizaba de forma parcial el discurso del mejor vivir de las mujeres, pero sin realmente otorgarles ningún derecho reproductivo, manipulando sus vidas y sus cuerpos según las necesidades económicas del país:

El plan habla de aumentar el número de mujeres usuarias de los servicios de planificación familiar, pero jamás menciona por qué a las mujeres nos conviene controlar nuestra fecundidad o si nos conviene. Debemos controlarla –dicen ellos– por el bien de nuestra familia y de nuestro país. No por nosotras mismas sino por los demás. Otra vez entra en acción la abnegada madrecita mexicana, libre de todo egoísmo, ajustando su vida a la conveniencia de los otros. ¿Y ELLOS? [...] La responsabilidad recae sobre nosotras. Ellos piensan, nosotras actuamos. Ellos deciden, nosotras obedecemos (AV), N° 1761, “Control masculino de la fecundidad femenina”, *Boletín informativo del Movimiento Nacional de Mujeres*).

Siguiendo esta línea argumentativa, para el Día de la Madre de 1976, junto al colectivo La Revuelta, el MNM organizó una acción performativa en el Monumento de la Madre para denunciar las distintas formas por las cuales el patriarcado y sus benefactores, los varones, oprimían los cuerpos de las mujeres en todos los espacios de sus vidas. Contaba Ana Victoria Jiménez que para idear esta performance se basaron en todos aquellos estereotipos de figuras masculinas que representaban la opresión patriarcal: un sacerdote, un militar, un esposo borracho y un maestro. Jiménez también recordaba que esta acción se fue montando de manera colectiva porque muchas de las integrantes del MNM formaban parte del campo artístico (Graell, 2018, pp. 107-113).

Según Eli Bartra, una de las cofundadoras de La Revuelta, este colectivo surgía, por un lado, de una diferencia política principal con el resto de militantes del Movimiento de Liberación de la Mujer (MLM)⁸, al estimar que era necesaria la creación de un periódico para alcanzar más difusión; por otro, el resto del MLM entendía que era preciso promover un movimiento feminista más amplio que, posteriormente tuviese al periódico como su principal medio de expresión. La revista se concibió como una nueva estrategia militante (Espinosa, 2008, p. 62). Así, La Revuelta, fundado en 1976, se convierte en “la primera publicación feminista que salió en México dentro de la llamada ‘segunda ola’”. La revista, según las componentes⁹, era necesaria para “rescatar el espacio del habla, reivindicar formas de expresión, revalorizar la espontaneidad y conquistar una experiencia propia y una identidad real” (*fem*, “Grupos feministas en México”, n.º 5, octubre-diciembre de 1977, p. 28) y, aunque los temas que abordaban eran similares a los de los otros colectivos, la originalidad en los medios visuales empleados tuvo una huella profunda en el Movimiento¹⁰. La estética de la revista fue uno de sus mayores aciertos: los diseños se montaron con “letras grandes y vistosas para facilitar la lectura de un sector amplio de mujeres” (Meléndez, 2017, p. 2) y el fotomontaje fue una práctica habitual, sobre todo en sus portadas. Utilizaron pedazos recortados de cuerpos de mujeres que extraían de las revistas femeninas junto a mensajes escritos.

El colectivo organizó piezas de teatro callejero, intervino en la radio y en la televisión, se dieron conferencias y mesas redondas, se redactaban volantes... “En fin las tareas de toda militancia tradicional y algunas otras más imaginativas” (*fem*, n.º 165, diciembre de 1996, p. 21), señalaba Bartra en el artículo que escribió para el número conmemorativo de *fem* en 1996, a 20 años de la fundación de la publicación feminista mexicana. La frase de Bartra es muy significativa para este relato, que trata de abordar, precisamente, un giro en las prácticas militantes de la defensa de derechos de las mujeres. Desde una mirada global, es palpable la relación con las propuestas estéticas de artistas estadounidenses que comenzaban su carrera en esta década como Martha Rosler o Barbara Kruger. Este modelo de creación y de militancia en colectivo también trataba de arrancar en la Woman’s Building de Los Ángeles, donde llegaría en 1979 Mónica Mayer, la máxima exponente del desarrollo del arte feminista en México durante la década siguiente.

En 1978, La Revuelta, en conjunto con otros grupos que formaron parte de la Coalición de Mujeres Feministas, organizaron una serie de protestas contra uno de los eventos más importantes organizados por el gobierno y por Televisa, que lo retransmitiría en televisión abierta. Este evento era similar en presupuesto a las olimpiadas o el mundial de fútbol: se trataba del concurso de belleza Miss Universo. Para su protesta la Coalición concibió un discurso redondo donde se vinculaban la sexualización y comercialización de las mujeres con los atroces hechos de violencia sexual que estaban sufriendo las mujeres del Estado de Guerrero a manos de los cuerpos

8 El MLM fue otro de los primeros grupos que nacieron tras la desintegración del primigenio MAS. A él se adscribió entre otras feministas, Marta Lamas.

9 Hasta el año 1983, cuando el colectivo se disuelve, formaron parte del mismo Eli Bartra, Berta Hiriart, Lucero González, Dominique Guillemet, María Brumm, Chela Cervantes, Bea Faith y Ángeles Necochea. Véase Eli Bartra et al., *La Revuelta. Reflexiones, testimonios y reportajes*.

10 En el número conmemorativo del 20 aniversario de la revista *fem* Eli Bartra escribía que en La Revuelta “escribíamos sobre el aborto, la sexualidad, el trabajo doméstico, sobre diversos aspectos de lo que considerábamos que es la condición de las mujeres y las formas de luchar contra la subordinación”. Véase Eli Bartra, “El colectivo La Revuelta”, p. 19.

de seguridad del Estado, tras las represiones violentas de comuneros y agricultores de esta región, en cuya capital, Acapulco, se celebrarían varias de las galas del concurso internacional.

Fueron dos más los volantes que se redactaron para promocionar la protesta del 14 de julio frente al Auditorio Nacional a las siete de la tarde, uno con la fuente en color rojo y otro en color verde. El de color rojo incide en “los diversos grados de violencia que [se] ejercen” contra las mujeres mexicanas:

1. Violaciones y torturas a las campesinas [...].
2. Golpes y cárcel a trabajadoras ambulantes y a sus hijos [...].
3. Exaltación de la belleza según un modelo impuesto y deshumanizante, fomento de la prostitución transnacional televisiva [...] (AV), N° 0071, “México 1978”).

El volante verde, de texto más extenso, se tituló “Miss Universo o la obligación de ser bellas”, y en sus líneas recalca las formas en las que los cuerpos de las mujeres son utilizados y explotados, utilizados por los hombres “a su antojo, para su servicio o placer”. Mediante estos concursos el cuerpo de las mujeres es convertido en un objeto, sobre el cual el hombre “descarga su furia a golpes cuando no se atreve a enfrentarse al sistema que lo oprime”. Además, se responsabilizaba de la violación a este mecanismo de “utilización del cuerpo de la mujer como mercancía”. Por último, el volante hacía un llamamiento a que cesase la violencia contra las mujeres tanto en el hogar como en la calle (AV), N° 0073, “Miss Universo o la obligación de ser bellas”). En ambos volantes reconocemos que, de nuevo, las integrantes de la CMF manejan una definición amplia de la violencia contra las mujeres, sus cuerpos y su integridad física y psicológica.

Durante la protesta, el grupo La Revuelta realizó una obra de teatro que conocemos por las fotografías de Ana Victoria Jiménez y por una descripción que apareció en los archivos de la Dirección General de Investigaciones Políticas y Sociales, que tenía bajo vigilancia las actividades de la CMF. El informe decía:

Durante el transcurso de este acto se escenificó una parodia de lo que es el concurso Señorita Miss Universo, haciendo del mismo una crítica en donde señalaron las farsas con las que se trata a las concursantes de las que se hace una explotación indiscriminada, se representó como concursantes a la Señorita México, Miss USA, Miss Italia y Miss India; a la vez se virtió (sic) el cariz contrario del que vienen representando las participantes en el certamen, haciendo notar que fuera del concurso, estas son mujeres sumisas y esclavizadas a las tareas del hogar y por ende a los caprichos del hombre, llámese esposo o amante (“En el Auditorio Nacional Explanada la coalición de mujeres feministas efectuó un mitin en defensa de ese sexo”, 14 de julio de 1978, AGN, DGPS, caja 1634-B, exp. 7).

En las fotografías que tenemos disponibles del evento –unas 20– podemos observar “el doble disfraz” al que se refieren los agentes. Una de las performeras llevaba puesta una máscara construida con un plato de cartón que retrataba un rostro maquillado. Este se complementaba



Ilustración 2. Ana Victoria Jiménez (fotógrafa). Integrante de La Revuelta interpretando obra en el “Mitin” del 14 de julio de 1978 en la explanada del Auditorio Nacional. Archivo fotográfico Ana Victoria Jiménez, Biblioteca Francisco Xavier Clavijero, Universidad Iberoamericana.

con un bello vestido de gala armado con una sábana blanca y varios nudos en cintura y escote. Por la parte trasera de su cuerpo la actriz construyó otro disfraz; otra máscara, pero esta con un rostro mucho más realista, junto a una peluca despeinada y un vestido con delantal haciendo alusión al doble estándar y la hipocresía del concurso.

La Revuelta se consideró a sí mismo el grupo más radical del neofeminismo mexicano y fue uno de los más imaginativos en sus acciones públicas y editoriales. Sus integrantes trataron de modificar totalmente las estructuras opresivas del patriarcado en sus vidas cotidianas y comenzaron una convivencia comunitaria que rechazaba la heteronorma como espacio personal de realización de las mujeres. Además, el impulso creativo de las componentes de La Revuelta no tenía límites. Para Ana Victoria Jiménez, La Revuelta “revolucionó las maneras de exponer el concepto feminista a través de obras de teatro, máscaras, vestuario, periódicos de la época. Tal vez no lo sabíamos muy bien entonces, pero nos mostraba que había algo nuevo” (Abelleyra, 2016, p. 97). En su revista las militantes de la Revuelta introdujeron collages donde mezclaban imágenes de mujeres, obras de arte, muñecas, cartas manuscritas o noticias de la prensa subrayadas; también fotonovelas de producción propia, viñetas, comics e incluso test que ironizaban sobre aquellos otros que en las revistas femeninas determinaban si una mujer

tenía prácticas normales o no. En 1981 el director del diario Unomásuno les dijo que “estaba harto de poemas y gotitas de sangre” y cerraron la columna de La Revuelta en el periódico, disolviendo también el grupo de trabajo para que cada una de las militantes tomase nuevos rumbos (La Jornada, 19 de diciembre de 2021).

Durante el año 1978 varios de los grupos feministas no mixtos que acudieron unidos a celebrar el 8 de marzo de aquel año, junto a dos partidos políticos, sindicatos universitarios y de maestros, los grupos de lesbianas y el Frente Homosexual de Acción Revolucionaria (FHAR), comenzaron a “considerar la idea de una instancia unitaria que permiti[ese] conjuntar esfuerzos” y se conforma el Frente Nacional para la Liberación y los Derechos de la Mujer (FNALIDM). A la primera asamblea, celebrada el 10 y 11 de marzo de 1979 llegaron más de 700 personas y 36 organizaciones, entre ellas varios grupos por los derechos de las disidencias sexuales. Cabe decir que, en esta primera firma de principios y objetivos, la CMF no participó como colectivo debido al debate sobre la autonomía y la necesidad de la lucha no mixta que estaba produciendo en su interna. Pero sí se unieron como independientes algunos de los grupos que lo conformaban: el Colectivo de Mujeres, Lucha Feminista y el Movimiento de Liberación de Mujeres. Estos tres grupos eran los más favorables dentro de la Coalición a la praxis política marxista.

Las feministas de los nuevos grupos habían estudiado a sus predecesoras, aquellas mujeres que desde la década de 1930 habían luchado por unas mejores condiciones de vida para las mujeres y por el derecho a votar y ser electas, derecho que no se consiguió hasta el año 1953. Como señalaba Gabriela Cano hace poco, a pesar de que algunas neofemistas, como Alaide Foppa, advirtieron en sus escritos acerca de los límites de las prácticas sufragistas, el primer número de la revista *fem* (1976), baluarte informativo de la nueva ola, publicaba una entrevista con Adelina Zendejas, sindicalista y luchadora social desde 1929¹¹. Haciendo un análisis más general de los primeros números de *fem*, se hace evidente la relación ideológica de las neofeministas con las mujeres de la primera ola¹². Uno de esos vínculos históricos que establecieron las neofeministas con las de la primera ola fue la voluntad de crear un modelo organizativo y de acción en forma de Frente Nacional.

Fueron muchas las acciones que se desplegaron durante el año 1979 por parte del FNALIDM, pero nos detendremos en una de ellas por su carácter performativo. Se trata nuevamente de la manifestación que se celebró aquel año para el Día de la Madre.

Diversos objetos difíciles de identificar configuran los elementos decorativos de la corona fúnebre que portan varias mujeres vestidas de negro. Rosas rojas, plumas, cajas de pastillas, pinzas, tijeras, agujas de ganchillo y otros objetos punzantes. Un rosario gigante simula el perfil de una vagina y cruza por el centro la corona. Algunas de las mujeres que acompañan a la comitiva portan carteles con mensajes como “Luto de las madres por las muertas en abortos clandestinos”. La corona también tiene adheridos dos carteles en los que se puede leer: “Abortadora en Potencia”. Rosas rojas, plumas, cajas de pastillas, pinzas, tijeras, agujas de ganchillo y

11 Diccionario enciclopédico del feminismo..., pp. 387

12 Gabriela Cano, “El feminismo y sus olas”, p. 19.



Ilustración 3. Corona fúnebre construida por integrantes de la Coalición de Mujeres, 10 de mayo de 1979, Ciudad de México. Archivo Ana Victoria Jiménez, acervo fotográfico. Biblioteca Francisco Xavier Clavigero, Universidad Iberoamericana Ciudad de México. Fotografía recortada de la original, en formato vertical, para una mejor visualización de los detalles de la corona.

otros objetos punzantes. Un rosario gigante simula el perfil de una vagina y cruza por el centro la corona. Algunas de las mujeres que acompañan a la comitiva portan carteles con mensajes como “Luto de las madres por las muertas en abortos clandestinos”. La corona también tiene adheridos dos carteles en los que se puede leer: “Abortadora en Potencia”.

Aquella marcha reunió a todos los colectivos del neofeminismo bajo una serie de objetivos comunes que se aglutinaban en la imagen de la corona y las mujeres enlutadas que la portaban. Se trataba aunar todas aquellas formas de violencia contra los cuerpos de las mujeres que se habían estado analizando en pequeños grupos de concienciación y que ahora se revelaban en el espacio público a modo de funeral por las que ya no estaban: la violencia del control de natalidad estatal, la violencia médica que no permite abortar a las mujeres, la violencia física que se ejerce directamente sobre sus cuerpos a través de todos los objetos que tiene la corona, la violencia psicológica y la naturalización de la violación al criminalizar todas las formas de aborto. El jueves 10 de mayo de 1979, previo permiso de la Delegación del Gobierno, las mujeres enlutadas se reunieron en el monumento de la Independencia para portar su “ofrenda floral” en el Monumento de la Madre de Sullivan. Una de sus constructoras, Lilia Lucido de Mayer era filmada y retratada por periodistas y canales de televisión mientras sonreía.



Ilustración 4. Fotografías de las participantes de la International Dinner Party. En la primera, Alaide Foppa, Ana Victoria Jiménez, Lilia Pulido de Mayer y otras participantes de la cena. En la segunda, Elvira Trueba, Adelina Zendejas, Amelia de Castillo Ledón y Concha Michel. Archivo Ana Victoria Jiménez, Biblioteca Francisco Xavier Clavijero, Universidad Iberoamericana, Ciudad de México.

Coda: “The International Dinner Party”: Dos generaciones de feministas en una cena

1979 fue un año épico para los distintos grupos que conformaban el Movimiento Feminista en la Ciudad de México. Además del llamativo evento performativo de la corona fúnebre y la marcha de “enlutadas”, aquel año la artista feminista estadounidense Susanne Lazy concebiría una gran “performance” colectiva e internacional durante el día en que se inauguraba la épica obra de Judy Chicago, *The Dinner Party*. Contactó para ello con grupos feministas de todo el mundo para que organizaran un evento en homenaje a aquellas mujeres de sus territorios que habían luchado por sus derechos y les solicitó que enviaran un telegrama a San Francisco con el que montar un gran mapa de todos los eventos simultáneos. En México Ana Victoria Jiménez y Lilia Lucido de Mayer, ambas integrantes del MNM, organizaron una cena que homenajeaba a algunas de las grandes próceres del feminismo de primera ola en México: Adelina Zendejas, Amalia Castillo Ledón, Concha Michel y Elvira Trueba (Barbosa, 2008, p. 90). A la cena acudieron mujeres feministas de todas las edades y tendencias, una gran fiesta de reivindicación de la historia del feminismo mexicano donde la diversión, el júbilo y el deleite formaron parte de la acción militante. Sonriente y levantando la mano, Ana Victoria Jiménez, militante comunista que había pertenecido a la Unión Nacional de Mujeres, formó parte de la nueva generación de feministas que hicieron de los medios artísticos una forma de militancia integral¹³. En el seno del movimiento neofeminista, existió de facto, una especie asociacionismo artístico político, o más bien, este movimiento se construyó a través de este tipo de vínculo donde la amistad y la creatividad colectiva tuvieron un papel fundamental. Como apuntaba Graell Larreta, estas características constituyeron “una identidad única a este movimiento social” (2018, p.130).

13 Para un mayor despliegue de ejemplos sobre esta hipótesis véase Aceves (2019) y Cabrera (2023).

Bibliografía

ARCHIVO:

- AVJ – Archivo Ana Victoria Jiménez, Biblioteca Francisco Xavier Clavijero, Universidad Iberoamericana, Ciudad de México, México.
- AGN – Archivo General de la Nación, México.

REVISTAS Y PERIÓDICOS

- *Revista Contenido*, Ciudad de México, México.
- *La Jornada*, Ciudad de México, México.
- *Fem*, Ciudad de México, México.

FUENTES SECUNDARIAS

- Aboites, L. (2018). “El último tramo, 1929-2015”. En Pablo Escalante et al. (eds.), *Nueva historia mínima de México* (pp. 263-316). Ciudad de México: El Colegio de México.
- Abelleira, A. (2016). “Por el derecho a la felicidad. Entrevista con Ana Victoria Jiménez”. En *Nierika* (Nº 10), 93-102.
- Acevedo, M. (1996 [1970]). “Nuestro sueño está en escarpado lugar”. En *Debate feminista* (Nº 12), 355-370.
- Aceves, G. (2019). *Women Made Visible: Feminist Art and Media in Post-68 Mexico City*. Lincoln: University of Nebraska Press.
- Barbosa, A. (2008). *Arte feminista en los ochenta en México. Una perspectiva de género*. Cuernavaca: Universidad Autónoma del Estado de Morelos · Casa Juan Pablos.
- Bartra, Eli (1999). “El movimiento feminista en México y su vínculo con la academia”, *La ventana* (Nº 10), 214-134.
- Cabrera, E. (2023). *Militancia feminista, fenómenos artísticos y violencia de género en México: una historia visual (1970-2002)*, tesis de doctorado en Historia y Artes, Universidad de Granada.
- Cano, G. (1996). “Más de un siglo de feminismo en México”. En *Debate feminista* (vol. 14), 345-360.
- Cohen, D. y Frazier, L. (2001). “Género, terreno y acción en el 68”. En *El 68, nuevos enfoques. Memoria del Seminario Nacional de Movimientos Estudiantiles mexicanos en el siglo XIX* (pp. 105-111). Ciudad de México: UNAM · Instituto de investigaciones Bibliográficas.
- Cohen, D. y Frazier, L. (1993). “No sólo cocinábamos...Historia inédita de la otra mitad del 68”. En Semo, I. (coord.), *La transición interrumpida, México 1968-1988* (pp. 75-109). Ciudad de México: Universidad Iberoamericana.
- Del Valle, S. (1988). “La visión actual del 68 es totalmente machista: Eugenia Espinosa Carbajar”. Ciudad de México, CIMAC.
- Drapper, S. (2018). *México 1968. Experimentos de la libertad, constelaciones de la democracia*. Ciudad de México: Siglo XXI.
- Espinosa Damián, G. (2009). *Cuatro vertientes del feminismo en México. Diversidad de rutas y cruce de caminos*. Ciudad de México: UAM-Xochimilco.
- Felitti, K. (2018). “De ‘la mujer moderna’ a la ‘mujer liberada’. Un análisis de la revista *Claudia de México* (1965-1977)”. *H Mex* (vol. 67, Nº 3), 1345-1393.

- Fraser, N. (2015). *Fortunas del feminismo. Del capitalismo gestionado por el estado a la crisis neoliberal*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- González Romero, M. H. (2021). *La revolución sexual. Debates públicos de sexualidad, política y cultura en la ciudad de México, 1960-1984*, tesis de doctorado en Historia. Ciudad de México: El Colegio de México.
- González Rubí, M. (2008). "La educación superior en los sesenta: los atisbos de una transformación sin retorno". En *Sociológica* (Nº 68), 15-39.
- Graell Larreta, E. (2018). *La representación del movimiento feminista de la segunda ola (1970-1982) a través de la obra documental de Ana Victoria Jiménez: La fotografía como herramienta política*. Tesis de maestría en estudios sociales, Universidad Autónoma Metropolitana, Ciudad de México.
- Lamas, M. (2018). "Del 68 a hoy: la movilización política de las mujeres". En *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales* (Nº 234), 265-286.
- --- (1996). "Mis diez primeros años. El MAS y el MLM". En *Fem* (Nº163), 7-14.
- Lau Jaiven, Ana (2019). "Una historia de irreverencias. El feminismo en México". En Mónica Inés Cejas (Coord.), *Feminismo, cultura y política: Prácticas irreverentes*, 2ª edición. Ciudad de México: UAM-X / Ítaca.
- Lau Jaiven, Ana (2014). "La Unión Nacional de Mujeres Mexicanas entre el comunismo y el feminismo: una difícil relación". En *La ventana* (Nº 40), 165-185.
- Lau Jaiven, Ana (2007). "El feminismo mexicano: balance y perspectivas". Nathalie Nebón y Elisabeth Maier (coords.), *De lo privado a lo público. 30 años de lucha ciudadana de las mujeres en América Latina*. México, Siglo XXI / UNIFEM / LASA.
- Lau Jaiven, A. (1987). *La nueva ola del feminismo en México. Conciencia y acción de lucha de las mujeres*. Ciudad de México: Planeta.
- Loaeza, S. (2010). "Modernización autoritaria a la sombra de la superpotencia, 1944-1968". En *Nueva historia general de México ilustrada*, volumen II (pp. 333-385). Ciudad de México: El Colegio de México.
- Macías, Anna (2002). *Contra viento y marea. El movimiento feminista en México hasta 1940*. Ciudad de México, PUEG-UNAM/CIESAS.
- Massolo, Alejandra (1983). "Las mujeres en los movimientos sociales urbanos de la ciudad de México". En *Iztapalapa, revista de ciencias sociales y humanidades* (Nº 9), 152-167.
- Maza, A. y Santillán, M (2014). "Movilización y ciudadanía. Las mujeres en la escena política y social (1953-1974)". En Maza, A. (ed.), *De liberales a liberadas. Pensamiento y movilización de las mujeres en la historia de México (1953-1975)* (pp. 198-244). México: Nueva Alianza.
- Meléndez, Tonatiuh. "Semblanza: El periódico La Revuelta... Y las brujas conspiraron". *Archivos feministas*, CIEG. En línea: https://archivos-feministas.cieg.unam.mx/semblanzas/semblanza_de_revuelta.pdf.
- Poniatowska, E. (2021). "La Revuelta, película feminista de Lucero González", *La Jornada*, 19 de diciembre de 2021. En línea: <https://www.jornada.com.mx/notas/2021/12/19/cultura/la-revuelta-pelicula-feminista-de-lucero-gonzalez-poniatowska/>.
- Poniatowska, E. (1971). *La noche de Tlatelolco. Testimonios de una historia oral*. México D.F., Era.
- Ramos Escandón, Carmen (1994). "La participación política de la mujer en México: del fusil al voto 1915-1955". En *Boletín latinoamericanista* (Nº 44), 155-169.

- Rocha Islas, Martha Eva (2011). "Feminismo y revolución". En Gisela Espinosa y Ana Lau (eds.), *Un fantasma recorre el siglo: luchas feministas en México (1910-2010)*. Ciudad de México: UAM-X.
- Santillán Esqueda, Martha (2014). "Posrevolución y participación política. Un ambiente conservador (1924-1953)". En Adriana Maza (ed.), *De liberales a liberadas. Pensamiento y movilización de las mujeres en la historia de México (1953-1975)*. Ciudad de México, Nueva Alianza, 151-194.
- Santillán Esqueda, Martha (2008). "Discursos de redomesticación femenina durante los procesos modernizadores en México, 1946-1958". En *Historia y gráfica* (Nº 31), 103-132.
- Serret, Estela (2004). *Género y democracia*. Ciudad de México: Instituto Nacional Electoral.
- Tirado Villegas, G. (2019). "La inclusión de las estudiantes en la historiografía del 68, otras voces, otras memorias". En *Escripta. Revista de Historia* (vol. 1, Nº 2), 118-139.
- Tuñón, Enriqueta (2002). *¡Por fin... ya podemos elegir y ser electas! El sufragio femenino en México (1931-1953)*. Ciudad de México, INAH / Plaza y Valdés.
- Tuñón, Esperanza (2011). "El Frente Único Pro-Derechos de la Mujer durante el cardenismo". En Gisela Espinosa y Ana Lau (eds.), *Un fantasma recorre el siglo: luchas feministas en México (1910-2010)*. Ciudad de México, UAM-X, 2011, 95-123.

HEMEROGRAFÍA

- Acevedo, M. et al. (1977). "Piezas de un rompecabezas", *Fem*, vol. 2, Nº 5, octubre diciembre de 1977, pp. 11-26.
- Brito de Martí, E. (1996). "De ingenuas modositas y luchadoras bravías". *Fem*, Nº 165, diciembre de 1996, pp. 15-18.
- Federici, S. "Salario contra trabajo doméstico", *La cultura en México, suplemento de Siempre!* 12 de octubre de 1976, pp. V-VII.
- Fem, "Grupos feministas en México", vol. II, Nº 5, 1977, pp. 27-30.
- Sloan, S. "Abran paso a la SUPER-MUJER", *Revista Contenido*, diciembre de 1970, p. 32.